DOCUMENTO

CINCUENTENARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

**Testimonio de sus primeros años: Gustavo Vega,
Mario Ojeda, Rafael Segovia, Roque González
y Lorenzo Meyer
15 de febrero de 2010**

GUSTAVO VEGA

El 15 de febrero de 1960, don Daniel Cosío Villegas anunció ante la Junta de Gobierno de El Colegio de México la creación del Centro de Estudios Internacionales, el cual, según informó, iniciaría sus actividades en 1961. Sin embargo, en esa misma reunión señaló que con un donativo de la Fundación Rockefeller empezaría a crearse un fondo de obras especializadas y contemporáneas sobre derecho y política internacional, y que en julio de ese año se publicaría una revista especializada en relaciones internacionales. Ese primer número en efecto apareció ese mes y, en palabras de don Daniel, tuvo “bonita apariencia y un primer grupo de escritores, la mayor parte extranjeros, pero gente de nombre y reputación”. Sabemos además que en 1960, con el donativo de la Rockefeller, partieron al extranjero tres jóvenes mexicanos (Mario Ojeda, Rafael Segovia y Roque González Salazar) a realizar estudios de posgrado. Este grupo posteriormente se incorporaría a la planta de profesores del nuevo Centro, que empezó a funcionar en febrero de 1961, con Francisco Cuevas Cansino como director y con Víctor Urquidi, César Sepúlveda y un grupo de profesores extranjeros como docentes de curso.

El anuncio de la creación del CEI el 15 de febrero de 1960 significó, en primer lugar, la puesta en marcha de un proyecto acariciado por don Daniel, incubado durante los años en que fungió como presidente de la delegación mexicana ante el Consejo Económico y Social de la ONU (ECOSOC),

entre los años de 1957 y 1959. En esos años don Daniel testificó los cambios dramáticos que el sistema internacional estaba sufriendo, como el nuevo nacionalismo africano y asiático. Estos cambios estaban imponiendo a los organismos internacionales el contar con expertos en distintas áreas que pudieran ayudar a los países en desarrollo a integrarse en forma benéfica a la sociedad internacional. Don Daniel se convenció de que para colmar esta necesidad países como México debían de jugar un papel importante. ¿Qué tipo de expertos hacían falta en opinión de don Daniel?

Creo que la respuesta la ofreció don Daniel con el tipo de asesores que incorporó a su equipo de consejeros, que llevó a las juntas de la ECOSOC y que impresiona por su calidad intelectual: Víctor Urquidi, José Iturriaga, Gustavo Romero Kolbeck, Luis Weckman, Plácido García Reynoso, Francisco Cuevas Cancino, Héctor Hernández, Juan Manuel Terán Mata, Antonio González de León, César Sepúlveda, entre otros personajes.

En otras palabras, el objetivo principal nacido de su experiencia en el ECOSOC era que El Colegio de México, además de preparar historiadores, lingüistas, líderes intelectuales, profesores para las universidades de provincia y de América Latina y personas capaces de hacer y estimular la investigación, debía preparar también “un nuevo tipo de funcionarios que pudiera servir en las diversas capacidades que la nueva intensa vida internacional requería”. En concreto y según palabras de don Daniel: “Funcionarios del Servicio Exterior Mexicano, aspirantes a funcionarios en organismos internacionales y personas, por ejemplo, que quieran hacer del periodismo sobre cuestiones internacionales una especialidad”. Ello se lograría mediante la creación de un Centro de Estudios Internacionales que preparara a un grupo muy reducido y selecto de estudiantes mexicanos y latinoamericanos para conocer y entender las cuestiones internacionales, tanto en sus aspectos “político y jurídico, como económico y social”.

En el nuevo Centro se establecería un nuevo programa de estudios que incluyera tres tipos de cursos: instrumentales, históricos y de relaciones internacionales. El primero los dotaría de “instrumentos de análisis que les permitan formarse una opinión tan completa como sea posible de los problemas internacionales de hoy”. En carta en agosto de 1960 a Mario Ramón Beteta, don Daniel precisa la naturaleza de las asignaturas: “Tomarán un curso de derecho internacional, y otro de organismos internacionales; uno de doctrinas e instituciones políticas y dos de economía, a saber un curso [...] sobre análisis económico y un curso sobre sistema económico y finanzas internacionales”.

Los cursos históricos, por su parte, debían de ser tan universales como fuera posible, de manera de incluir áreas marginadas de la Tierra, pero que con la descolonización que tenía lugar iban a figurar en la arena in-

ternacional más y más cada día. Los cursos de relaciones internacionales, finalmente, deberían abarcar el estudio de las diversas regiones del mundo sin privilegiar ninguna. Aunado a lo anterior, debía de primar una filosofía de la enseñanza a base de investigación y de ahí que se impusiera el requisito esencial de alumnos de tiempo completo que pudieran discutir con sus profesores en todo momento.

En el plan de don Daniel, y a semejanza de la práctica en los dos centros anteriormente fundados, los de Estudios Históricos (1941) y Filológicos (1947), se previó que la docencia fuera acompañada de la investigación para que la primera se mantuviera al día y no fuera repetitiva. A final de cuentas, la creación del CEI, como afirma Josefina Vázquez en su historia del Colegio en sus años 1961-1990, significó un proyecto académico y docente de franca vanguardia; sobre todo si se tiene en cuenta la orientación marcadamente legalista que prevalecía en los programas existentes en otras instituciones como la UNAM en esos años.

Me he referido a los objetivos que guiaron a uno de nuestros padres fundadores para crear el CEI y en especial a nuestro programa de Licenciatura en Relaciones Internacionales, que el año entrante cumplirá cincuenta años. Cabe agregar que con el paso del tiempo el cuerpo de investigadores del CEI ha llevado a cabo además importantes labores de investigación en distintas áreas, que han culminado en publicaciones de referencia obligada, en áreas como la historia de las relaciones internacionales de México, su política exterior o interna, las relaciones México con Estados Unidos en sus ámbitos diplomático o económico, la filosofía política y la comparada, entre otras. Ha emprendido también dos nuevos programas docentes: un programa de licenciatura que en sus orígenes, a mediados de los años ochenta, se limitó al campo de la administración pública pero que recientemente se transformó en un programa de Política y Administración Pública. Y un segundo programa de Maestría en Ciencia Política, el cual luego de haber estado vigente por seis promociones en las décadas de los años setenta y ochenta se suspendió y recientemente volvió a abrirse.

Estos programas, aun cuando poseen sus propias peculiaridades, guardan los elementos centrales de la filosofía de enseñanza del CEI y del resto del Colegio, a saber, grupos reducidos de estudiantes de tiempo completo y la docencia acompañada de la investigación. Igualmente, ambos mantienen el objetivo central que guió la creación del CEI, es decir, preparar un nuevo tipo de funcionarios, en el caso del programa de PAP, “especializados en las disciplinas básicas del proceso administrativo y capaces de entender la complejidad de la acción gubernamental”, y en el caso de la maestría en Ciencia Política “capaces de analizar y comprender las organizaciones

y procesos políticos, y formular políticas públicas que contribuyan a resolver problemas en los ámbitos nacional e internacional” .

En suma, la aparición del CEI significó un partearguas en la vida del Colegio. Éste dejó de ser una institución “con [una] apacible atmósfera alfonsina: pocos cursos, pocas ciencias sociales, pocos profesores [...] su sentido general no era el de un cuerpo académico sino el de un claustro”. Con la aparición del CEI, el Colegio se internacionalizó y se transformó en un “instituto de tipo universitario cuyo objetivo principal era la docencia, la formación de cuadros y la investigación”. El Colegio de México, a través del CEI, adquirió una nueva orientación, una que privilegió la idea de que México debía jugar un papel importante en el escenario internacional, y que a la vez refirmó la convicción de que era imposible entender a México sin verlo con relación a otros países.

¿En qué medida hemos cumplido estos objetivos? ¿Cuáles han sido los logros que hemos alcanzado hasta la fecha en términos de los objetivos propuestos? ¿Qué problemas y desafíos tuvieron que superarse para consolidar el nuevo Centro, proyecto tan acariciado por don Daniel? A fin de responder a estas preguntas y refrescarnos la memoria sobre los primeros años del CEI, hemos invitado a los otrora tres jóvenes mexicanos que como ya dijimos fueron enviados al extranjero a prepararse y posteriormente integrarse a nuestro Centro como parte del primer cuerpo de profesores investigadores. Me refiero a don Mario Ojeda, don Rafael Segovia y al embajador Roque González Salazar. Los tres, luego de su integración al cuerpo docente, han jugado un papel fundamental en nuestra institución, como investigadores, profesores y directores de nuestro Centro. También invitamos a Lorenzo Meyer, el primer egresado de nuestra primera generación del programa de Relaciones Internacionales que tuvo la peculiaridad de ofrecer además de la licenciatura un doctorado. Lorenzo igualmente ha sido un pilar fundamental de nuestro Centro en términos de su investigación, docencia y también como director del mismo.

Creo que los cuatro nos ayudarán a ganar una idea de cómo la generación de primeros profesores del CEI percibieron los propósitos del nuevo Centro y de las tareas que debían llevarse a cabo para alcanzarlos. Paso en primer lugar la palabra a don Mario Ojeda para que nos dé luces sobre nuestros orígenes.

MARIO OJEDA

Yo no fui profesor fundador del Centro de Estudios Internacionales. Llegué a él en julio de 1962, dos años después de haber nacido éste formalmente y uno de haber arrancado sus cursos. Sin embargo, mi asociación con el Colegio es anterior. Data de septiembre de 1960, cuando fui invitado

para ir al extranjero a prepararme para ser profesor del Centro. En esa fecha marché a Harvard para especializarme en política de Estados Unidos. En consecuencia, el próximo septiembre cumpliré cincuenta años de estar asociado al proyecto.

Llegué al Centro para ser su segundo director. El embajador Francisco Cuevas Cancino, su primer director, había renunciado para regresar al servicio exterior como embajador alterno ante las Naciones Unidas. Ésa era la versión oficial, pero en los pasillos del Colegio se decía que la renuncia se debía a una fuerte desavenencia con don Daniel Cosío Villegas, presidente de El Colegio de México en aquella época y padre del proyecto del CEI. Esto me hizo sentir como usurpador del cargo. Lo mismo pensaron los estudiantes.

Para mí, que ya de por sí sentía el temor natural de ir a enfrentarme a un trabajo nuevo, ahora con la dirección a cuestas, mi temor creció en forma significativa. Además, los estudiantes se encargaron de hacer aún más difícil mi noviciado. Por otra parte, sentí temor de cuál sería la reacción de mis colegas que regresarían de su preparación después de mí, al encontrarme como director. Por fortuna su reacción fue de entera comprensión y me ayudaron a aligerar la pesada carga. Tres fueron las más difíciles responsabilidades que tuve que encarar como director: las características del programa, el plan de estudios y el destino de los primeros egresados.

Llegué a dirigir no cualquier programa de estudios, sino uno muy especial. Sus características eran excepcionales, sin precedente alguno en México. Para empezar se exigía tiempo completo, algo que no existía en ninguna parte y menos aún a nivel de licenciatura. Pero además, a los estudiantes se les otorgaban becas que consistían no sólo de la dispensa de la colegiatura, sino del pago de un estipendio bastante generoso, por cierto.

Para el medio universitario mexicano, acostumbrado a la pobreza, esto era un exceso: “pagar por estudiar” y a “una runfla de pedantes” resultaba a más de insólito, inadmisible. Por esta razón, pronto surgieron por doquier envidias y antipatías (que aún perduran). Se creó un estereotipo de nosotros, una especie de “chavo de la Ibero”, pero no de niño rico, sino de intelectual pedante. Recuerdo al menos una película de Ripstein y la tira cómica de un periódico con ese estereotipo. Yo mismo resentí estas antipatías particularmente entre miembros de la Universidad Nacional, en ciertas dependencias del gobierno y hasta en la misma Secretaría de Relaciones.

Otras peculiaridades del programa de estudios, no tan ostentativas, pero sí de excepción, eran la biblioteca y el cuerpo de profesores. La biblioteca del Colegio, ya de por sí grande para lo que se acostumbraba en México, aumentó su acervo en 3000 volúmenes sobre relaciones internacionales, gracias a un donativo de la Fundación Rockefeller. Por otra par-

te, el cuerpo de profesores a partir del segundo año estuvo formado por destacados académicos extranjeros que pudieron ser financiados gracias a otro generoso donativo de la Rockefeller. Estos profesores impartían sus cursos en su propia lengua, por lo que los estudiantes ganaron fluidez en otros idiomas, algo también excepcional. Y como si todo esto fuera poco, el Colegio estrenó edificio hecho a su medida en la misma fecha que arrancaron los cursos del CEI. El nuevo edificio contaba con un amplio auditorio, salas para seminarios, cubículos individuales para profesores y un amplio espacio en el sótano para depósito de libros de la biblioteca.

Otro asunto importante y delicado que tuve que afrontar fue el plan de estudios. Si bien éste era novedoso para México y se apartaba de los enfoques tradicionales del juridicismo y la historia diplomática, pecaba de grandiosidad. Se decía que don Daniel Cosío Villegas había diseñado un plan de estudios para una gran potencia. Además tenía un punto débil. Partía del supuesto de que quienes ingresaran al programa vendrían con amplios conocimientos de México. La experiencia lo desmintió.

En consecuencia, los nuevos profesores nos dimos a la tarea de modificar para la segunda promoción, el plan de estudios. Esto enojó a don Daniel, quien nos envió una carta *groserísima* como él mismo solía decir. Sin embargo, el asunto se olvidó con el tiempo y él mismo, con uno de sus últimos libros, *El sistema político mexicano*, pareció darnos la razón.

Las modificaciones se hicieron aglutinando materias del viejo plan para dar paso a tres nuevas: Historia de México, Economía de México y el Gobierno y el Proceso Político en México. Las modificaciones entraron en vigor a partir de 1964, con la segunda promoción de estudiantes.

Otro problema derivado del plan de estudios que tuve que enfrentar fue la licenciatura. Don Daniel había concebido un plan de estudios de doctorado de cinco años. Aquellos estudiantes que no quisieran o no pudieran seguir el programa de estudios completo tenían la opción de obtener una licenciatura al término de los primeros tres años. El grado se obtendría automáticamente, sin necesidad de tesis ni examen profesional. Don Daniel aducía que si bien se trataba de un programa de sólo tres años y sin tesis, esto se justificaba por su carácter de tiempo completo, que permitía estudios intensivos. Sin embargo, esto no gustó a las autoridades educativas.

Debo decir que los estudios del Centro habían sido “incorporados” a la Secretaría de Educación Pública y no a la Universidad Nacional Autónoma de México. Las autoridades objetaban la duración de sólo tres años y la falta de tesis. A estas alturas, don Daniel ya se había marchado de la institución, por lo que tuve que enfrentar el asunto sin su apoyo. Sin embargo corrí con la suerte de que eran amigos los funcionarios de la entonces Dirección General –y no Subsecretaría– de Educación Superior. Además

mostraron una postura muy abierta a la discusión e incluso nos solicitaron que los ayudáramos a poner orden en los programas educativos bajo su registro. Finalmente se convino reconocer los títulos de licenciatura de la primera generación, de tres años de estudio y sin tesis a cambio de iniciar la segunda con cuatro años de duración y con exigencia de tesis y examen profesional.

En realidad esto encuadraba más con el programa del CEI, pues éste ponía énfasis en la investigación y se contaba con una amplia biblioteca. Por otra parte, se apegaba más a la tradición del Colegio. Cuento en mi currículum con el honor de haber sido años después director de la primera tesis de licenciatura, así como de haber presidido el examen profesional correspondiente. El examen se celebró en el amplio auditorio y ante la presencia, en primera fila, del cuerpo de antiguos profesores de El Colegio de México. Por esa razón estuve, durante el acto, tan nervioso o más que el propio sustentante. Sin embargo, los dos fuimos aprobados.

Otro punto flaco del plan de estudios era una contradicción que existía en el doctorado. Ésta era muy obvia. Don Daniel, siguiendo la costumbre del Banco de México, de donde provenía, nos mandó, a quienes habríamos de constituir el cuerpo de profesores de tiempo completo del CEI, a especializarnos en el extranjero en distintas áreas. Sin embargo, nunca nos exigió el doctorado, por lo contrario, nos pidió regresar lo antes posible. De aquí que después se presentara la contradicción de profesores sin doctorado enseñando a aspirantes a ese grado. En tal virtud, después de los dos únicos exámenes para ese grado, que condujeron maestros ajenos al CEI, decidimos cerrar el programa.

La tercera gran responsabilidad que tuve que encarar fue el destino de los primeros egresados. El primer folleto que anunció al CEI hablaba de que su función sería preparar profesionales calificados para la diplomacia y la academia, así como para el periodismo especializado. Sin embargo, no decía cómo acceder a empleos en estos campos y menos aún aseguraba el pase automático a ellos, pero es obvio que el folleto generó expectativas entre los aspirantes. En consecuencia, a la hora de la verdad, cuando a principios de 1963 vinieron a verme los primeros egresados de licenciatura para este asunto, me vi frente a un gran problema. Yo venía de la carrera de Diplomacia de la UNAM y sabía por propia experiencia que la cosa no era fácil. Más importante aún es que para entonces don Daniel se había marchado del Colegio por cuestiones de salud. Me sentí solo e impotente, pero debíamos salvar este obstáculo, pues nuestra responsabilidad como institución era muy grande. ¿De qué había servido entonces tanto estudio, tantos profesores extranjeros, tantos libros, el tiempo completo y las grandes exigencias?

Para mi fortuna, el nuevo presidente del Colegio, el doctor Silvio Zavala, venía de ser embajador de México en la UNESCO y tenía altos contactos en la Secretaría de Relaciones, empezando por el propio Ministro. Yo mismo me armé de valor y fui a tocar puertas personalmente a la Secretaría. Logramos colocar en la carrera diplomática a seis o siete de los egresados (no recuerdo bien). Dos más se colocaron por su cuenta.

Tantas preocupaciones tuve antes de que lográramos colocarlos, que yo solía visitarlos con frecuencia en sus respectivas oficinas para conocer y vigilar su desenvolvimiento. Recuerdo una ocasión en que sorprendí a uno de ellos leyendo un periódico deportivo que tenía extendido a todo lo largo de su escritorio. Me senté frente a él y le hice ver el daño que él mismo se causaba con esa actitud de un burócrata cualquiera. Le hice ver también que el daño se extendía a sus compañeros y a la institución, que con tanto esfuerzo había intentado formar un nuevo tipo de funcionario diplomático.

Hoy en día, por fortuna, ese problema de andar solicitando empleo para nuestros egresados no existe. Estos han logrado construir un sólido prestigio profesional que genera su propia demanda y se desempeñan con éxito en los más diversos campos y aun a los más altos niveles.

Para terminar quiero hacer un llamado como el viejo más viejo del Centro. Un llamado a todos aquellos que lo componen hoy día, para que lo cuiden y nuestro Centro de Estudios Internacionales siga siendo un lugar de libertad académica, ajeno a todo tipo de demagogia, tanto de arriba como de abajo, como decía don Daniel. En fin, un centro de excelencia.

GUSTAVO VEGA

Pues sin duda, creo que todos estarán de acuerdo en que empezamos muy bien esta celebración. La identificación de tres grandes problemas que se encontraron en el origen del Centro y cómo se enfrentaron. Y ahora, supongo que habrá otras dimensiones importantes que comentar de todo este periodo; y para explicarnos esto, le paso la palabra a don Rafael Segovia.

RAFAEL SEGOVIA

Escribí unas páginas porque no sabía cómo comenzar todo esto, esta ceremonia para festejar los cincuenta años de nuestro Centro. Me dirigí —un poco de la misma manera que Mario Ojeda acaba de hacerlo— a hablar de don Daniel. No era mi intención empezar a hablar de don Daniel Cosío Villegas, ni mucho menos, pero poco a poco se fue imponiendo a medida que yo escribía. Se fue imponiendo en mi memoria, se fue imponiendo su calidad, se fue imponiendo lo que quería que hiciéramos en el Colegio y cómo hacerlo. No sé cuándo me enteré de la existencia del Colegio. Su-

pongo que fue por algunos que terminaron la preparatoria antes que yo y que fueron admitidos en este lugar. Nos mostraron los libros que les habían dado al entrar y nos deslumbraron también las exigencias que en el principio les leyeron. Después, en el fondo, aquello no me dijo nada. Fue María del Carmen Velázquez quien, por causa de mi solicitud, ante la embajada de Francia, de una beca para ir a estudiar a aquel país me sugirió entrevistarme con don Daniel Cosío Villegas, quien estaba en busca de profesores para un nuevo Centro de El Colegio de México. Me presenté de inmediato sin saber lo que era aquello, nada sabía del Colegio, ni del Centro, ni de qué iba a ser de nosotros ahí dentro. Durante dos años estuve en Francia, enterándome así de mil cosas: de sus universidades, de sus profesores, de sus libros, de su cine y de sus teatros; y de las visitas y cartas de don Daniel —que en aquella época empezaba ya a regañarme por carta. Sin decir ni media palabra sobre qué iba a ser de mí. Me enteré al volver a México. Se me asignó un lugar en el rellano de la escalera que llevaba al segundo piso —en Guanajuato 25—, enfrente de Raúl Ávila y se me nombró Secretario de *Foro Internacional*. Es decir, se me puso a corregir galeras desde que llegaba hasta que me iba a las 7 de la tarde en punto. La verdad es que todo aquello me resultaba bastante aburrido.

Mi principal amigo era Luis González. Fue mi verdadero introductor a las cosas, a la vida en el Colegio. De no haber sido por él, por sus pláticas, por su buen humor y por su sapiencia, por sus conocimientos ilimitados, hubiera seguido preguntándome qué sería de mí. Vino la crisis de los misiles, llegué al café de las 10, al que había que asistir con todo rigor. Don Daniel sentó, ese día, a su lado a un profesor que estaba de visita en el Colegio. No tardó en lanzarse contra los cubanos. Don Daniel decidió lanzar una directiva, acusando a los cubanos de hostigamiento y de amenazar a México con las armas rusas. Me sentí en la obligación de señalar que los cubanos no tenían cómo oponerse ni por qué acusarnos a nosotros. Don Daniel montó en cólera y, como siempre, dio un golpe en la mesa y dijo, también como siempre: “¡A trabajar!”. Me retiré con la cola entre las patas. Al poco tiempo vino a verme Mario Ojeda. “Dice don Daniel —me dijo—: ‘agarra tus cosas y te largas’”. Por un momento creí que aquello era verdad. Era una broma, pero de verdad me la armó.

Unos minutos después sonó el teléfono. “¿Dónde va a comer usted hoy?”, preguntó don Daniel. “Pues como todos los días, en mi casa”, dije. “No, usted va a comer conmigo, después de las 12 lo recogeré en el Colegio.”

Fuimos a comer a La Lorraine, donde yo no había ido nunca. Hablamos de mil cosas, menos de la crisis de los misiles y del Colegio. Hablamos sobre todo de París, de mis profesores, de la Fundación de Ciencias Políticas. Él se acercó a despedirse de Dolores del Río. Jamás había visto, ni de cerca ni

de lejos, una mujer tan guapa y tan elegante. De regreso en el Colegio, de pronto don Daniel me preguntó: “¿Pasó usted un buen momento en esta comida?”. “Sí, desde luego”, dije. “Pues vamos a seguir con estas comidas, vamos a invitar a Antonio Alatorre y a Luis González”, dijo. En eso se quedó, pero no fue así. Antonio Alatorre fue una, o dos veces; estaba demasiado ocupado con su análisis para perder el tiempo en comidas que no le retribuían nada. Y Luis González, por nada del mundo, se habría entregado a tesoros que no hubiese elegido él. Eso terminó por ser las famosas comidas de los lunes, hasta el fallecimiento de don Daniel. No importa quiénes asistieron y quiénes no. Víctor Urquidí –para esas fechas, presidente del Colegio–, viendo que aquello crecía y tomaba importancia, un día me preguntó en qué consistía aquel cónclave. Mi contestación no fue demasiado clara. “De ahora en adelante”, me dijo, “pienso asistir”. Como buen presidente de El Colegio de México, no soportaba que se hiciera algo sin su presencia. Un buen día, por fin, Luis González me puso al tanto de los orígenes y actividades de aquella institución extraña. Estaba, como de costumbre, inmerso en ella hasta el último detalle.

No recuerdo si me dijo que a finales de 1937, o a principios de 1938, don Daniel se presentó en Valencia, España, en donde se encontró con el gobierno republicano y se entrevistó con el ministro de Instrucción Pública, el señor Uribe, y posteriormente con el señor Roces, catedrático de la Universidad de Salamanca, secretario del Ministerio. Le ofreció a don Daniel –o les ofreció, no sé exactamente– acoger en México, mientras terminaba la Guerra Civil, a intelectuales, profesores, escritores. De hecho, la mayoría no tenían ninguna seguridad de qué iba a ser de ellos. Al terminar el conflicto podrían volver tranquilamente a su país. Una oferta tan generosa estaba envuelta en muchas cosas. Primero, Cosío Villegas conocía perfectamente la situación internacional, sabía que la guerra estaba perdida en esas fechas, perdida para la República Española. Era cuestión de tiempo, pero no mucho. Sabía quiénes eran aquellos intelectuales, aquellos profesores a quienes tendían tan generosamente la mano. Desde finales de 1938, en España –eso ya me lo explicaba Luis–, se había dado un esfuerzo monumental por romper la tradición de unas universidades lamentables, tan vulgares como pobres. Una vez concluida la guerra contra los Estados Unidos por causa de Cuba, se procedió a reconstruir las universidades españolas. Por su parte, don Daniel, aunque poco aficionado a la literatura que producían aquellos escritores salidos de la derrota, la conocía y estaba al tanto de ella.

La figura principal –no cabe duda– era Ortega y Gasset, y con él la vida estudiantil en México era seguida por la clase ilustrada mexicana con artística pasión. Por allá, entró también, la filosofía alemana en España y desde

luego en México. Hubo un desarrollo fundamental; era una nueva carrera administrativa en México. La revolución había liquidado de hecho y de derecho a la antigua clase gobernante; se admiraba a los nuevos intelectuales que aparecían en tantos terrenos. Para bien o para mal, hicieron un país nuevo, pero con un defecto mayúsculo. Como todo país que hace una revolución, tanto política como social –y, en primer lugar, militar– reconoció ese defecto. La clase administrativa, al desaparecer, dejó ver que era indispensable mostrar que no se podía vivir en aquel desbarajuste. La educación llegaba de la mano de aquellos intelectuales; llegaron en el momento preciso y aprovecharon y fundamentaron la ciencia social al fundar una institución limpia y muy disciplinada. Si él había pensado así o si fue el general Cárdenas quien tuvo la idea, no importa. El caso es que, con los inconvenientes del caso, se llevó adelante.

Se fundó primero La Casa de España y acto seguido El Colegio de México, pronto con un Centro de Estudios Internacionales que prepararía gente para el servicio exterior. ¿Por qué se fundó un centro de estudios históricos y literarios? Se debió a que el partido revolucionario podía convertir aquello en una fuente de empleos; y, sobre todo, la mala experiencia de don Daniel con la Escuela de Economía de la UNAM y su antipatía por la Escuela de Ciencias Políticas hicieron el resto, de manera que se inclinó por las relaciones internacionales, que tenían todo por seguro de una elegancia y aristocracia certeras. Finalmente ésa fue su filiación más conocida. No tengo que hablar de un lugar que ustedes conocen tan bien como yo –si es que no mejor.

El plan de estudios de administración pública seguía su camino. Contra él estaban vivas las mismas razones que habían detenido al primer presidente. Alguna insistencia en el tema seguía viva, así como el mismo rechazo de los miembros del Centro, con los mismos argumentos.

Así fuimos tirando para formar el programa de administración pública, día tras día. Casi abandonado estaba el proyecto, cuando una mañana –como de costumbre– me llamó Urquidí, quien ya era presidente, para preguntarme algo: “–¿Ha pensado usted en una licenciatura en administración pública del Centro de Estudios Internacionales? –Sí –contesté–, pero no tiene apoyo”. “He hablado con... –no recuerdo el nombre, ustedes se acordarán, que es creo un director del Instituto de Estudios Administrativos– para que impartamos esos estudios y parece que el presidente López Portillo también está a favor”. Y me despidió como siempre.

“A usted hay que decirle qué hacer, si no, no lo hace”, me dijo más adelante; agregó que no me preocupara por el dinero, que él lo conseguiría. El mismo día llamé a María del Carmen Pardo, que aceptó inmediatamente venir al Colegio a encargarse de la tarea de hacer un nuevo programa, de

reclutar a los profesores, de hacer el programa de estudios, etc. Su trabajo y su éxito a mí no me corresponde juzgarlos. Todo ello se proponía para que la nueva licenciatura funcionara bien –como sucedió–, de la misma manera que la Licenciatura en relaciones internacionales. No tuvo tropiezos mayores, sino que se convirtió en un modelo de todas las universidades “patito” que ahora pululan en México. Pero la administración pública no tiene eso de las embajadas, de las delegaciones, de los ministerios en otras repúblicas o monarquías; no se lleva con la misma intensidad a una clientela de “niños bien”. Más bien, es atractiva para un trabajo aburrido y honesto, del estilo de quienes quieren sacrificarse sin decirlo. Siempre veremos con más simpatía a un agregado de embajada, que a un subprefecto de un departamento perdido del este de Francia –lo cual no quita que Francia se haya hecho a fuerza de prefectos, de autoridad y de administración. Esperamos que quienes salgan de aquí sean ejemplares; tienen cara de ello. Ojalá sean como don Daniel, sin su mal humor. *Gracias.*

GUSTAVO VEGA

Don Rafa nos ha dado una espléndida introducción, no sólo a los orígenes y al papel fundamental de don Daniel Cosío Villegas para la gestación y consolidación del Centro, sino también de cómo el Centro fue evolucionando y en particular de cómo se gestó el segundo programa, de Licenciatura en Administración Pública, y al que en la actualidad denominamos de Política y Administración Pública. Éste, por cierto, recientemente cumplió veinticinco años de edad, aniversario que celebramos en debida forma. Paso ahora al tercer testimonio, el de don Roque González Salazar.

ROQUE GONZÁLEZ SALAZAR

Muchas gracias. Muchas gracias Gustavo. Quiero orientar mi exposición –que espero y confío que será breve– también para recordar a don Daniel Cosío Villegas, contando algunas anécdotas.

Cuando Gustavo Vega me invitó –hace algunas semanas– a participar en este evento, le dije que no podría por ahora preparar algo escrito, pero que aceptaba y agradecería esta invitación si se encontrara alguna otra forma de participar en ella. Como respuesta, me sugirió que contara alguna anécdota –de las que no pocas habría– con relación a don Daniel. Una de ellas –que voy a referir al final de esta pequeña introducción– es a propósito de la influencia que tuvo en Monterrey la idea de don Daniel sobre la participación de El Colegio de México y del Centro de Estudios Internacionales, de la cual todavía se siente el efecto benéfico. De paso aprovecharé para contar cómo entré en contacto con don Daniel y cómo se estableció nuestra relación.

Por principio de cuentas –y eso lo acaba de decir Rafael Segovia–, don Daniel no tenía una gran admiración –para decir lo menos– por el programa de estudios de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Él había elaborado, con el apoyo de alguno de sus colaboradores del Banco de México, un nuevo proyecto para tratar de ponerlo en marcha en la UNAM. Como no tuvo éxito esta iniciativa, le pareció que el programa –ya elaborado– merecía encontrar alguna otra universidad que pudiera adoptarlo. Y se le ocurrió que podría ser en la Universidad de Nuevo León, en Monterrey. Esto me lo comunicó en alguna ocasión, cuando era yo Secretario General de la Universidad; y me pidió que lo ayudara a ponerlo en marcha y a que consiguiéramos también a algunos elementos jóvenes que quisieran participar en el proyecto que tenía en general para este Centro de Estudios Internacionales, lo cual hice con mucho gusto y creo que con alguna eficiencia.

Monterrey se convirtió así en un centro de atracción también para jóvenes de otras universidades de la región noreste del país. Se trataría de ofrecer –a estos jóvenes– becas de tiempo completo, que entonces eran una novedad por allá, y que don Daniel tenía como una idea muy fija que tendría que ser de esa manera.

Poco tiempo después, a medida que fue viendo que aquello era –digamos– productivo, en el momento de hacer la selección me dijo que tenía también el proyecto de seleccionar candidatos para profesores que aceptarían becas para formar a estos jóvenes, e inquirió si yo podría auxiliarlo además en ese dominio. Le pregunté entonces si yo podría aspirar a esa candidatura. Me dijo: “Si usted quiere entrar a El Colegio de México, yo le tendría algo mejor que proponerle. ¿Por qué no me hace un proyecto de estudio para obtener una beca, de las que estamos ahora proponiendo para formar a los maestros?” Me resistí un poco porque yo no había tenido ninguna formación –digamos– sólida, más que la que recibí en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Monterrey, y eso se lo hice saber a don Daniel. Pero acepté el reto y me puse a elaborar un plan con la conciencia de saber que tenía una gran tarea para poder resultar merecedor de esa distinción.

Pensé en las grandes desventajas que tenía con relación a otros posibles candidatos –además de las que ya he mencionado–, entre otras, mi ignorancia de idiomas. Pero elaboré un programa que, según me dijo después don Daniel, fue de mi expediente lo que más había impresionado a las personas invitadas a hacer la selección. Yo elaboré un programa de cinco años, como becario, incluyendo en primer lugar, como especialidad, un área en la que no se presentaran muchos candidatos y así evitar la competencia que probablemente tendría con los candidatos para Estados Unidos, Francia y Europa en general.

Se me ocurrió que la Unión Soviética y los países de Europa del Este podrían ser un atractivo –para mí, muy satisfactorio, mas para muchos de los otros aspirantes quizá no tanto– y que tendría así una ventaja comparativa por el conocimiento que yo tenía debido a mis contactos, como Secretario de la Universidad de Nuevo León, con otras universidades –también– del extranjero.

Elaboré un programa incluyendo los nombres de los profesores con los que querría estudiar; las materias que quería cursar y los idiomas que tenía que aprender en cinco años. Debo decir que el programa se cumplió casi en un 75% del proyecto original; el otro 25% se elaboró sobre la marcha, con un empuje adicional, que hizo al final don Daniel con muy buen tino y que también resultó exitoso.

Establecí puntos de destino; el primero, París –la Universidad de París–, donde coincidí con Rafael Segovia.

Don Daniel nos supervisaba muy de cerca; debo decir que quizá demasiado cerca.

Señalé también en mi proyecto, como siguiente punto de destino, ir a Londres y después tenía proyectado también un viaje a la Universidad de Indiana, en Bloomington, para estudiar ruso. Por entonces había evidencia de que eran los mejores lugares para estudiar cada una de las asignaturas que yo había escogido y con los mejores profesores; y se designaba también con sus nombres a los especialistas con los que quería estar.

Todo esto se fue cumpliendo hasta la última parte, que incluía a la Unión Soviética, pues don Daniel afirmaba que no le inspiraban confianza los especialistas de cualquier área geográfica que no hubiesen vivido una larga estancia en el área de su especialidad. Yo, desde luego, coincidía con él y aspiraba entrar a la Universidad Lomonosov, con esa beca que se proveía con el respaldo de El Colegio de México, pero también con los fondos de la Rockefeller.

No fui admitido en aquella universidad, pero me ofrecieron los soviéticos que si aceptaba una beca en la Universidad Patricio Lumumba, que ellos me la darían con mucho gusto. No quise aceptar porque en ese tiempo la Universidad Patricio Lumumba no tenía un prestigio que pudiéramos llamar muy envidiable y la Universidad Lomonosov que era la que yo deseaba, me cerraba la entrada.

Entonces a don Daniel se le ocurrió la idea –yo creo también que con mucho tino– de tratar este asunto con el secretario de Relaciones Exteriores –amigo de él–, don Antonio Carrillo Flores, para pedirle que se me asignara como agregado cultural en la embajada nuestra en Moscú, en la Unión Soviética. Y lo convenció. Don José Iturriaga –quien a la sazón era el embajador– me aceptó con mucho gusto, pero me convirtió

—de inmediato casi— en un funcionario que hacía realmente la “talacha” y todas las actividades propias de un asistente. Aquí permítanme abrir un paréntesis para hacer una mención de la actitud de nuestro embajador a ese respecto.

Desde mi llegada a Moscú tuve la impresión de que el embajador don José Iturriaga había desarrollado un sentimiento de animadversión contra los funcionarios de la cancillería soviética, por recibir de ellos un tratamiento inferior al que él esperaba merecer por sus antecedentes de gran amistad y simpatía que había manifestado desde su posición en México por la Revolución Rusa. Esto hacía más laborioso mi desempeño en el puesto de consejero cultural, porque me encargaba tareas que yo consideraba superfluas. No obstante, debo dejar claro que el embajador se empeñó en sacar adelante mi petición de que se me permitiera instalarme en un entorno soviético y no en el que existía entonces, exclusivo para los diplomáticos occidentales. Un gesto que siempre le agradecí. Don Daniel estaba informado a grandes rasgos de esta situación y desde luego que la apoyaba. Llegó a decirme en alguna ocasión que esto resultó mejor que si me hubieran aceptado en la Universidad de Lomonosov. Y tenía razón.

De todas maneras, pasé dos años, perfeccioné mi ruso en esta etapa, un ruso todavía algo acartonado. Cuando llegué a la Unión Soviética me di cuenta de que no manejaba el idioma como se le hablaba en Rusia —porque yo había aprendido con maestros que vivían en Estados Unidos, rusos también de origen, pero que lo hablaban con el tratamiento y las expresiones un poco arcaicas. También estudié ruso en París con ese mismo sesgo. Pero poco a poco fui aprendiendo y fui aficionándome a hablar de esa manera con un acartonado acento. Pero leía mucho en ese idioma, sobre todo a algunos autores que sí podía leer, como Tolstoi y algunos otros, aunque no a Pushkin, como me habría gustado, porque para mí era muy difícil el ruso en el que estaba escrito.

En fin, volviendo a don Daniel, todo eso también lo siguió él. Quiero recordarlo con mucho afecto, con mucho orgullo de haber sido uno de sus discípulos. Lo que él hizo en Monterrey, quiero subrayarlo en esta anécdota porque fue también importante. Él se dio cuenta de que ese proyecto que tenía para formar economistas sólo les permitía aprender ciencias sociales en general, pero no con una formación integral que les pudiera dar acceso a otros fenómenos de más amplio criterio: de ciencias sociales y de filosofía y de cultura; sobre todo la historia de la civilización, que era un curso que debería impartir alguien que conociera el mundo; la historia, aunque fuera brevemente, del mundo. Y también, siguiendo la experiencia que tenía, logró que el Banco de México y la Rockefeller aceptaran pagar becas en la Facultad de Economía de Mon-

terrey, que tenía un año de establecida en la Escuela de Administración Pública.

Aquí cabe mencionar que en Monterrey se fue creando un ambiente y un grupo muy especial con el esfuerzo sostenido de una persona, la señorita Consuelo Meyer, tía de Lorenzo Meyer, que hizo un papel extraordinario. Dedicó mucho de su tiempo, de su talento, de su disciplina como economista, como educadora y como formadora de instituciones, para fundar esa Facultad y darle la continuidad que le ha permitido llegar a ser una de las mejores –con sus altibajos naturales– en el país. Eso tuvo también un efecto en otras facultades de la Universidad de Nuevo León.

Por imitación, por emulación, en otras facultades –entre ellas, la de medicina– empezaron a surgir también esos intentos, en muchos de ellos con muy buen éxito, para tener becarios de tiempo completo en otras facultades. Don Daniel era, como ya se ha repetido, un hombre con gran imaginación y una gran perseverancia. Podríamos decir, sin exageración, que el primer hijo que tuvo El Colegio de México fue la Facultad de Economía de Nuevo León. Después surgieron otras instituciones, algunas con buen éxito, otras no tanto, pero todas con muy buen seguimiento de lo que ha sido el Colegio.

En fin, quiero también agradecer la oportunidad que me dan de contar estas anécdotas. Y reitero la invitación que hace Mario Ojeda a los jóvenes que ahora tienen la responsabilidad de continuar el esfuerzo de estos viejos maestros, don Daniel, don Víctor Urquidi, don Silvio Zavala. *Muchas gracias.*

GUSTAVO VEGA

Pues don Roque nos ha mostrado por qué don Mario mencionó al principio que había enfrentado problemas serios, sobre todo en lo referente a las becas. Don Roque nos acaba de remarcar la importancia que tuvo ese programa de becas y cómo él fue uno de los grandes beneficiarios. Pasamos ahora al último testimonio de estos primeros años del Centro. Le cedo la palabra a Lorenzo Meyer.

LORENZO MEYER

Gracias, Gustavo. De entrada admito que no me sorprende que estas presentaciones de los ex directores del Centro de Estudios Internacionales se centren en torno a la figura de don Daniel. Y para no romper la continuidad, yo también voy a hacer de la mía una variación sobre el mismo tema. Pero antes, al ver esta mesa de ex directores, no resisto la tentación de evocar a Napoleón arengando a sus tropas en Egipto al lado de las pirámides, y decirle a nuestro auditorio: “Estudiantes, varios siglos del CEI

os contemplan”. Aquí en este pódium hay, sumando edades y estaba en El Colegio de México, más de dos siglos de nuestro Centro.

Pero volviendo al tema de la reunión, en gran medida, el CEI es un producto de la modernización académica de México en la segunda mitad del siglo xx; pero también creo que este Centro –como El Colegio de México mismo– pudo no haber nacido. Hay instituciones que son inevitables, que tenían que aparecer cuando el país maduraba porque el proceso mismo de cambio lo exigía. Ese sería, por ejemplo, el caso de la Universidad Nacional. En contraste, El Colegio de México resultó, en buena medida, de una mezcla afortunada de coincidencias –el exilio de intelectuales causado por la Guerra Civil española y la actitud del presidente Lázaro Cárdenas hacia ese conflicto– y de la voluntad de Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes. Por eso, hoy todos hemos hecho referencias constantes a don Daniel. Muchos de los presentes en este auditorio, la mayoría, no llegaron a conocerlo personalmente; y –sin embargo– su nombre les tiene que resultar familiar, incluso si no han leído algunas de sus obras, pues lo tienen que escuchar en la conversación interna de esta institución y ver en piedra a la entrada de la biblioteca.

Don Daniel es, en buena medida, el responsable de la idea y de todo el complicado proceso institucional que desembocó en la creación del CEI hace medio siglo. Así pues, simplemente no hay forma de pensar nuestro Centro sin don Daniel, pero, también, sin la desaparición de su contraparte en la fundación de El Colegio de México: Alfonso Reyes. En efecto, el CEI no podía haber germinado con don Alfonso al frente del Colegio, porque, aunque él había sido diplomático, el estudio sistemático de la política internacional no era compatible con la idea alfonsina de El Colegio de México, pues en ella campeaban las letras y la historia pero no el estudio sistemático de la política.

Vuelvo a mi punto inicial. Nosotros, en tanto miembros de El Colegio de México en general y del CEI en particular, somos resultado de un proceso que no era, para nada, inevitable, aunque el entorno le era favorable, pues se trataba de la época del “milagro económico mexicano”. Desde esta perspectiva, es la voluntad y conducta de una persona muy singular, Cosío Villegas, lo que, en gran medida explica lo que ocurrió hace medio siglo en el mundo académico mexicano. Y quiero usar mi exposición para ahondar en la importancia de los individuos –de la voluntad y la inteligencia– en la creación y vocación de estructuras institucionales como éstas que hoy celebramos. Don Daniel primero imaginó y le dio forma al Fondo de Cultura Económica, luego a El Colegio de México, más tarde a la elaboración de esa enorme *Historia moderna de México*, aún más adelante al CEI y finalmente a la *Historia de la Revolución Mexicana*. Todas esas empresas él las considera-

ba necesarias dentro de lo que era su proyecto para México. Creo que es importante subrayar que Cosío Villegas tenía una idea del país asociada a la Revolución Mexicana pero fijándose mucho en sus posibilidades no explotadas, en las promesas incumplidas, actitud que no era compartida por muchos en los círculos en que él se movía, cosa que no pareció desalentarlo sino acicatearlo. Don Daniel, en su tarea intelectual, nunca dio muestra de considerar a nadie como superior; en el mejor de los casos aceptaba a iguales y en numerosas ocasiones no se ahorró el mostrar su desdén por aquellos que no daban muestra, intelectual o moral, sobre todo moral, de no estar a la altura del reto que significaba desarrollar a México. Él sí tomaba en serio el dar lo mejor en la tarea de alentar el conocimiento crítico del país y de entorno internacional.

El CEI resultó ser una empresa que Cosío Villegas consideró no sólo importante sino necesaria por la vía de pensar en grande lo pequeño. Para nuestro personaje, la calidad intelectual estaba ligada a instituciones relativamente pequeñas, donde se pudiera aspirar a la excelencia como norma y no como excepción. El Fondo de Cultura no fue pensado como una empresa con grandes ventas, sino con grandes títulos; al Colegio lo supuso siempre pequeño y al CEI aún más: pocos investigadores y estudiantes, pero de tiempo completo y, en principio, a la altura de los estándares internacionales. En relación a este último punto, Cosío Villegas le dio vueltas a la idea, la pulió y luego vino el gran problema: conseguir los recursos humanos. Quizá la búsqueda de los recursos humanos resultó más complicada que la de los económicos. En el caso de los primeros estudiantes —yo fui uno de ellos—, el material realmente disponible resultó inferior a las expectativas. La primera generación que vino a este CEI resultó típica, representativa, de lo que eran la mayoría los estudiantes en México, es decir, con una preparación muy deficiente. Si al final algo terminó por mejorarlos, fue el ambiente y las exigencias a las que se vieron sometidos y los recursos con que contaron. ¡Ésas sí que no resultaron típicas!

Veamos esto más de cerca. Cosío Villegas entrevistó personalmente a cada candidato y, para su decepción, descubrió que la mitad de nosotros no teníamos ningún dominio del inglés. Entonces, el creador del CEI puso manos a la obra y empezó a forjar al estudiante que él quería con tres horas, los cinco días de la semana, de inglés; sólo así se podría tener a los profesores extranjeros y a manejar la bibliografía que ellos iban a demandar. Obviamente, la biblioteca también debería estar a la altura y se entró en un intenso programa de adquisiciones de libros extranjeros. En lo personal, en ese momento me pareció natural algo que obviamente no era nada natural: que se hubieran logrado los recursos materiales para crear el entorno académico que el proyecto requería. Esos recursos

tenían que provenir del Estado, pero para sacarle al Estado mexicano recursos para buenos sueldos para profesores de tiempo completo, para las becas a estudiantes de tiempo completo, para la biblioteca, para los pasajes de los profesores invitados, etcétera, ¡vaya que requirió tiempo, conexiones e imaginación! Y como los recursos obtenidos del gobierno no alcanzaban, pues hubo que intentar venderles el proyecto a las fundaciones extranjeras.

Conseguir el apoyo externo fue un gran reto. Un ejemplo fue lograr que la Fundación Rockefeller apoyara al CEI y no a otros que pedían y ofrecían más o menos lo mismo. Y esta búsqueda nos ofrece un ejemplo interesante de la capacidad de Cosío Villegas para negociar sin complejos. Él fue a Nueva York, supongo que alrededor de 1960, y se entrevistó con el presidente de la fundación, Dean Rusk, quien luego llegaría a ser Secretario de Estado. Cosío Villegas le envió por adelantado su proyecto. Dean Rusk lo recibió –y aquí me baso en lo que me dijo Clint Smith, ayudante entonces de Dean Rusk y que fue testigo presencial– y le informó que ya tenía en su poder otro proyecto para preparar especialistas en relaciones internacionales, en política internacional y también de México. ¿De dónde venía ese proyecto alternativo?, pues de la UNAM; y la Fundación aún no sabía a cuál apoyar. A Cosío Villegas se le pidió justificar por qué sería mejor su proyecto que el de la UNAM. Don Daniel no respondió a la pregunta; simplemente dijo que si la Rockefeller no era capaz de distinguir entre su proyecto y la UNAM, entonces no valía la pena seguir discutiendo. Se levantó y y salió sin intentar negociar. Finalmente, la Fundación Rockefeller no se dio por ofendida y dio su apoyo al proyecto de Cosío Villegas, lo cual habla bien del profesionalismo Dean Rusk, a quien le gustó la actitud de don Daniel. Pero eso muestra también que Cosío Villegas se arriesgó, y mucho, al no discutir un proyecto del que estaba muy seguro y sobre el cual no iba a dejar que los norteamericanos negociaran poniendo a dos ideas mexicanas a competir para luego condicionar el apoyo.

El sello de una institución se le pone al nacer. Yo no sé exactamente cuál fue el sello de El Colegio de México al momento de surgir, pero sí conozco cual fue el del CEI. Luego pueden cambiar esas características iniciales, pero no hay duda de que cuesta trabajo cambiarlas. Hay algo que perdura y por eso quiero enfatizar los valores que se promovieron y defendieron al surgir el CEI. Don Daniel no fue San Daniel; tuvo defectos y tomó decisiones arbitrarias y que probaron no haber sido las mejores. Pero lo fundamental fue que en un medio tan corrupto como el mexicano, ser honrado intelectual y administrativamente era algo raro. Don Daniel fue, en este campo de la ética, excepcional; en asuntos públicos fue honesto y congruente de pies a cabeza, y sus formas materiales de vida fueron siempre un buen indicador de ello.

En un medio autoritario –el Colegio y el CEI nacieron como criaturas de un sistema político autoritario–, es difícil mantener la fidelidad a los principios de la academia, sobre todo si el tema de estudio es el poder, como era y es el caso del CEI. Nuestro Centro nació en el momento de apogeo del autoritarismo mexicano: cuando parecían un éxito internacional el país del PRI y el presidente. El autoritarismo estaba en la vida cotidiana y Cosío Villegas era autoritario; por eso no es de extrañarse que Rafael Segovia hubiera creído que era verdad la broma que le hizo Mario Ojeda cuando un día, a mediados de los sesenta, le comunicó: “que dice don Daniel que agarres tus cosas y te vayas”; pues sí, esa actitud era creíble y aceptada. Yo mismo fui testigo de cómo Cosío Villegas echó a un estudiante porque se atrevió a cuestionar la forma como un profesor presentaba los temas de derecho internacional. El inconforme no quería que le recitaran los principios del derecho del mar, sino que le explicaran por qué había surgido ese derecho, de qué choque entre potencias, de qué intereses; el cuestionamiento era legítimo, pero al día siguiente recibió una carta diciéndole que pasara por su última beca y que no volviera a hacer uso de las instalaciones de El Colegio de México. La contraparte de esa cara negativa del CEI inicial era que cuando se adoptaban posiciones ideológicas críticas al *statu quo*, se toleraban. Había un ambiente de libertad intelectual, no excesivo pero sí suficiente para permitir la discusión de las ideas, la disidencia ideológica. También se vivía y se hacía gala de honradez y frugalidad respecto del uso de los recursos públicos de que disponía la institución, actitud que no era común en el ancho y ajeno mundo mexicano.

Para cuando apareció el CEI, Brasil ya tenía, desde hacía tiempo, su instituto para la preparación de diplomáticos, el Rio Branco. Don Daniel quería que nuestro Centro formara cuadros para la Secretaría de Relaciones Exteriores, pero quería algo más, que también preparara académicos. Y la formación de académicos auténticos es incompatible con las formas autoritarias de relación entre los miembros de una comunidad donde el cuestionamiento de lo existente es parte de la naturaleza misma de su labor; entonces había una tensión inevitable entre los valores de la academia y los que prevalecían en el ambiente de la vida cotidiana de México y Cosío Villegas encarnó esa contradicción. A mi juicio, con el paso del tiempo ha ido ganando espacio en nuestro Centro, en el Colegio y en el país, la posibilidad de cuestionar, pero ha costado trabajo.

Al final de su vida, don Daniel mismo había decidido optar por el cuestionamiento más que por el compromiso, y sus ensayos últimos sobre el sistema político mexicano lo prueban. La base de su insatisfacción frente a las estructuras autoritarias del poder no tenía una base ideológica –nadie puede considerar a Cosío Villegas de izquierda, pero tampoco

de extrema derecha–, sino que provenían de un término que hoy aparece muy desgastado pero muy apropiado para calificar la conducta pública de una persona como Daniel Cosío Villegas: el patriotismo. Creo que él era patriota en el sentido profundo. Tenía una idea muy positiva de las posibilidades del país. México podía ser mucho mejor, pero sólo mediante un esfuerzo colectivo sistemático y guiado con inteligencia y honradez. Fue por eso que en la parte final de su vida eligió como tarea volver al ensayo en el espíritu de su obra de 1947: *La crisis de México*, donde campeó el espíritu crítico de orden moral. En los ensayos últimos en el periódico y en sus libros (*El estilo personal de gobernar*, *El sistema político mexicano*, etc.), Cosío Villegas alcanzó, como nunca antes, al gran público no académico. Hasta el final, nuestro fundador mantuvo al Colegio como su sede y al CEI como su centro, y se esforzó por transmitirnos sus preocupaciones sobre el futuro del país para dejarnos como obligación mantener ese enfoque como centro de nuestro trabajo académico. No sé hasta qué punto los miembros del CEI asimilamos el legado de Cosío Villegas, pero en cualquier caso sería impropio iniciar el cincuentenario, las celebraciones del cincuentenario de nuestro Centro, sin examinar y subrayar la obra y las razones de don Daniel en torno a México, a su pasado, presente y posibilidades futuras.

Una celebración consiste en detener nuestra rutina para reflexionar en torno a ciertos valores. En este caso, lo podemos hacer por medio de la personificación de esos valores, fijando la atención en uno de los mejores miembros de nuestra institución –y del país–, como alguien que se propuso fomentar el valor de la vida académica, el valor del conocimiento y de la ciencia, para contribuir a la difícil tarea de modernizar y hacer a México un poco mejor. Esa es la tarea del CEI: tratar de entender nuestro entorno internacional, pero también la base de su política externa: la interna. Cosío Villegas tomó el proceso político de México –y con esto quiero concluir– como algo personal. Él había dedicado su vida a construir instituciones que estuvieran en el centro de la construcción del proyecto nacional. Entonces, aquel que creara obstáculos a su idea de nación tendría que recibir el castigo de su crítica, incluido el centro del sistema autoritario: el presidente mismo. El sistema le respondió alentando la crítica al crítico hasta llegar incluso a la publicación de libelo, donde se le acusó no de corrupto –porque ahí no había muchas posibilidades– sino de ser obsequioso con “el Tío Sam”. Finalmente, esa acusación, por absurda, no tuvo ningún eco, y mientras la figura del presidente que propició el libelo, Luis Echeverría, se ha venido abajo, la de Daniel Cosío Villegas se mantiene. El tiempo ha ido borrado los muy humanos defectos de don Daniel y puliendo su lado brillante: honradez –intelectual y de

la otra— y un patriotismo que implicó combinar dignidad, inteligencia, trabajo, imaginación, valor y optimismo. No está mal como legado al CEI. *Gracias.*

GUSTAVO VEGA

Hemos concluido esta serie de testimonios sobre los orígenes del Centro. Se puede entrever, en todas las presentaciones, la idea de que el Centro marcó un partaguas y que es resultado de la evolución de procesos importantes. Lorenzo decía que apareció: “en el momento en que México se moderniza”. Aparece por la decisión de uno de los padres fundadores de la institución que, a través de su experiencia como funcionario internacional en la Naciones Unidas, entiende que es importante que haya una institución —dentro del Colegio— que prepare expertos en el área internacional. Y esto sin duda lo hemos logrado con creces. Por ejemplo, a la fecha han pasado por el CEI: 22 generaciones de Relaciones Internacionales (455 egresados) y 13 generaciones de Política y Administración Pública (144 egresados). Entre ellos, contamos con un buen número que ocupa y ha ocupado altos puestos en el servicio diplomático y en el sector público a nivel de secretarías o sub-secretarías de Estado, o que han sido nombrados embajadores o cónsules. También hemos formado profesionales que han escogido la vida académica y se han dedicado a la enseñanza y la investigación en el campo de las relaciones internacionales o de la política y administración pública.

En suma, hemos logrado los objetivos para los que se fundó el Centro. Somos una institución fundamental dentro del Colegio. Permítanme concluir citando al doctor Javier Garcíadiego, presidente de El Colegio de México: “Mientras el Centro de Estudios Internacionales cuente con profesores como Daniel Cosío Villegas, Mario Ojeda, Rafael Segovia, Roque González Salazar, Lorenzo Meyer, seguirá siendo fiel a sus orígenes y seguirá cumpliendo con su noble misión”. *Muchas gracias.*